23. Llevemos á la oración bien preparados los puntos en que hemos de meditar, para que, en advirtiendo que estamos distraídos, tengamos luego á la mano el objeto en que hemos de pensar. « Antes de la oración prepara tu alma, — nos dice el Espíritu Santo, — y no seas como el hombre que tienta á Dios [1]. »

24. Si á pesar de todo esto el corazón se nos va de entre las manos sin culpa nuestra, tengamos paciencia; pero sepamos que el Señor no se ofende por esto; antes se mueve á compasión y misericordia de nosotros, pues bien conoce nuestra miseria. Y si perseveramos en la oración á pesar de los pensamientos y sequedades que sufrimos, será muy agradable tal oración á los ojos de Dios y alcanzará grandes favores para mejor servirlo y crecer en la virtud.

25. Por lo mismo, no debemos dejar la oración por más que en ella nos vengan tentaciones y trabajos, ni permitamos que se nos entre la tibieza; mas, al contrario, procuremos mantener el corazón humilde y recogido en todo lugar.

26. Entre otras tentaciones, la del sueño puede venir de causas naturales, y debe entonces combatirse con remedios también naturales. Si nace de nuestra tibieza ó del demonio,

1 *Eccl.*, XVIII.

procuremos disipar aquélla y acudir al auxilio del Señor.

CAPÍTULO III

Cuánto conviene entregarnos más á la oración en algunas épocas del año.

§ I

Los hombres del mundo celebran fiestas y espléndidos banquetes en distintas épocas del año, en las cuales más particularmente se entregan á los goces y placeres de la vida; así también nosotros debemos tener nuestras fiestas y banquetes espirituales para gozar en ellos, sin tasa ni medida, la dulzura del Señor y la abundancia de su gracia. Esto es sobremanera importante, no sólo para adelantar en la virtud, sino también para no volver atrás; pues siempre está nuestra miseria inclinándonos al mal y entibiando el fervor con que empezamos, y mientras más se multipliquen nuestras ocupaciones exteriores, más necesidad tenemos de entregarnos en ciertas épocas al retiro y la oración. Andaban los Apóstoles muy ocupados en la predicación, y volviendo á dar cuenta al Señor de lo que habían hecho, su divina Majestad les dijo : « Venid á retiraros con-

migo á un lugar desierto, y reposad un poco [1]. » Y si los Apóstoles necesitaban semejante descanso, mucho más, sin duda, lo necesitamos nosotros.

2. He aquí algunos tiempos y ocasiones en que particularmente conviene entregarnos á la oración y á los ejercicios espirituales: cuando sentimos que se entibia nuestro fervor; cuando hemos aflojado en la oración, examen y lección espiritual; cuando ya no atendemos á cosas pequeñas ó no logramos vencernos en alguna pasión, pues muchas veces unos solos ejercicios bastan, con la gracia del Señor, para renovarnos enteramente, y así no se nos debiera pasar ningún año sin hacerlos.

3. En cuanto al fruto de estos ejercicios, consiste principalmente en tres cosas: Primera: En renovar el fervor de nuestro espíritu para hacer las obras que practicamos diariamente, con la perfección que sea posible; en oir bien la santa Misa, y tener con fruto la lección espiritual, y cumplir las obligaciones de nuestro estado con fidelidad y exactitud.

4. Segunda: Debemos tratar en los ejercicios de vencernos y mortificarnos en la pasión que más nos domine, y que es la causa de nuestras frecuentes caídas ó del escándalo de los demás, y que tal vencimiento y mortificación

1 Marc., VI.

se deje conocer después en nuestras obras, como aquel joven antes perdido, de quien habla San Ambrosio, que encontrándolo una mala mujer, le dijo: « Yo soy aquélla. » Y él le contestó: « Pues yo no soy aquél. » Venía cambiado, y era ya otro. Así hemos también de cambiar de vida, para poder decir que ya no vive en nosotros el hombre antiguo, sino el nuevo, Jesucristo nuestro Señor.

5. Tercera: En lugar del vicio ó pasión que procuremos extirpar en los ejercicios, hemos de plantar en el alma la virtud contraria; pero esto debe hacerse con empeño y decididamente y poniendo los ojos en lo más elevado de la misma virtud; verbigracia: en una humildad que llegue hasta hacernos gozar en los desprecios; en una resignación perfecta en los manos de Dios que no nos deje gusto sino en cumplir su santa voluntad; en servir á Dios por complacerle, por puro amor de su bondad infinita. Y así de las otras virtudes.

6. Antes de los ejercicios espirituales debemos pensar muy despacio en las necesidades que nos aquejan, para conocer nuestra pasión dominante y lo que más nos impide el adelantar en la virtud, ó qué es lo que escandaliza al projimo en nuestra conducta, y éste sea el fruto que saquemos de ellos y lo que hemos de tener delante de los ojos mientras duraren.

7. Después de la oración podemos exami-

nar cómo la hicimos, para ver si llevamos adelante el propósito que nos ha llevado á ejercicios y afirmarnos más en él. Semejante examen siempre conviene que lo hagamos para descubrir nuestros defectos y poder corregirlos. Y asimismo convendría escribir nuestros buenos deseos y propósitos á fin de conservarlos más en la memoria y reanimar nuestro fervor con su frecuente lectura.

§ II

8. Ya que hablamos de lectura, diremos alguna cosa sobre la importancia de leer diariamente en algún libro espiritual, á fin de aprovechar en la virtud. San Pablo decía á su discípulo Timoteo: « Atiende á la lección. » Y San Atanasio aseguraba que ninguno había que tratase de veras en su aprovechamiento que no se diese á la lectura espiritual. En la oración hablamos con Dios, y cuando leemos Dios nos habla, no sólo para revelarnos su santa voluntad, sino también para que la cumplamos.

9. Nos hemos de ocupar en la lectura de libros espirituales como si fueran cartas venidas de nuestra patria, que es el cielo; aquellos libros serán para nosotros como espejos en los cuales veamos nuestro interior, pues nos descubren el bien y el mal que hacemos, y si adelantamos ó desfallecemos en la virtud. A veces nos recuerdan los hechos admirables de los santos, y también las faltas que algunos cometieron, para que éstas nos llenen de temor de Dios y aquéllos nos animen y conforten más en las sendas de la perfección.

10. He aquí las principales reglas para hacer con provecho la lección espiritual. Primera: No leamos muy aprisa, sino con sosiego, espacio y atención, y parémonos un poco al encontrar algún pensamiento que nos mueva ó nos llame la atención, para meditar sobre él un instante.

11. Segunda: No busquemos tanto el saber como el sabor y gusto de la voluntad, pues no es lo mismo leer para saber que leer para aprovecharse, leer para otros que leer para sí mismo. Lo primero es estudio; lo segundo lección espiritual.

12. Tercera: No leamos de una vez muchas cosas, ni pasemos en la lectura muchas horas, para no fatigar el espíritu y á fin de aprovechar lo que nos convenga; no sustenta al cuerpo la demasiada comida, sino la buena digestión; ni aprovecha al alma lo mucho que ha leído, sino el reflexionar y detenerse en eso.

13. Cuarta: Debemos conservar en la memoria lo que más nos haya movido, ó lo que más bien se refiera á la necesidad de nuestras almas, para andar después pensando en aquello

y no en cosas impertinentes; pues como el manjar se toma para que sustente y nos dé fuerzas en lo restante del día, la lectura tiene también el mismo objeto respecto de nuestra alma: sustentarla y darle fuerzas para que no desfallezca en el camino de Dios.

14. San Agustín entró en una ocasión en un huerto, y llorando, exclamó una y otra vez: «Señor, ¿hasta cuándo, hasta cuándo? ¿Por qué hoy no he de dar fin á mis torpezas?» Y oyó una voz que le dijo: «Toma, lee; toma, lee.» Y tomó un libro de la Santa Escritura y empezó á leer en él, y el Señor le infundió una gran luz; y dejando él todas las cosas del mundo, se entregó enteramente al servicio de Dios.

TRATADO V

DE LA PRESENCIA DE DIOS Y EXAMEN DE LA CONCIENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

Excelencia del ejercicio de la presencia de Dios. — Sus grandes bienes, y en lo que consiste.

§ I

BUSCAD á Dios con fortaleza y con perseverancia; buscad siempre su rostro[1]. El rostro de Dios es su presencia, y buscamos ese rostro divino andando en la presencia del Eterno, convirtiendo al Señor el corazón con el deseo y el amor.

2. Este ejercicio es como el principio de la gloria, pues la gloria consiste en contemplar á Dios sin perderlo de vista; y ya que en la tierra no lo vemos claramente, procuremos suplir esta vista por medio de la fe; y así como los ángeles de nuestra guarda se ocupan en defendernos y ampararnos sin perder la vista del Se-

1 Psalm. CIV.